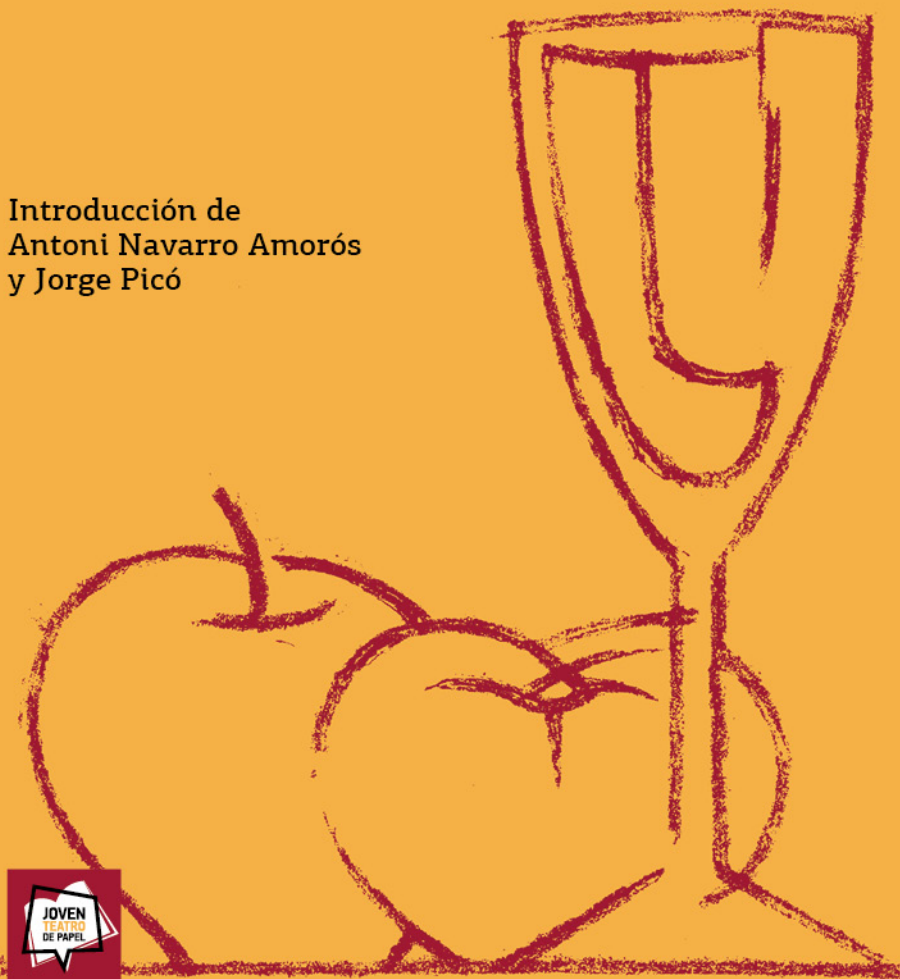


Francis Veber

La cena de los idiotas

Introducción de
Antoni Navarro Amorós
y Jorge Picó



PRIMER ACTO

(JACOBO sale de la cocina, clavado de la espalda, con una bolsa de plástico llena de hielo en la mano. Lleva ropa de golf. Es un hombre de unos cuarenta años, atractivo en condiciones normales, pero muy desvalido esta noche. Se dirige hacia el sofá, caminando a duras penas, haciendo muecas de dolor. Se abre la puerta de entrada y aparece CRISTINA, una mujer hermosa de treinta años. Se queda inmóvil al ver a JACOBO).

CRISTINA. Pero ¿qué te pasa?

JACOBO. Un tirón en la espalda.

CRISTINA. ¡No me digas!

JACOBO. Te aseguro que no camino así para hacerte reír.

CRISTINA. *(Se acerca a él)*. Pero ¿cómo te lo has hecho, querido?

JACOBO. *(Se sienta en el sofá con dificultad)*. Jugando al golf, he hecho un *drive* increíble y...

CRISTINA. ¡Vaya! ¿No tendrás una contractura? ¿Has llamado al médico?

JACOBO. Sí, a Ramos, que es un especialista. Ya me atendió hace tiempo y es el mejor. *(Se aplica la*

bolsa de hielo en los riñones). ¡Ay, qué frío! ¡Madre mía, qué frío!...

CRISTINA. Creía que para un tirón iba bien el calor.

JACOBO. Yo también, pero Ramos me ha dicho que hielo...

CRISTINA. ¿Quieres tomar algo?

JACOBO. Un culín de *whisky*, por favor.

CRISTINA. (*Va hacia el mueble bar*). ¿Con hielo?

JACOBO. Sí... Si no queda, cógeme dos de la espalda.

CRISTINA. (*Sirviendo el whisky*). ¿Has cancelado la cena?

JACOBO. (*Fingiendo interés*). ¿Qué tal tu día?

CRISTINA. Bastante bien. ¿Has cancelado la cena?

JACOBO. No, ¿por qué?

CRISTINA. ¿Cómo que por qué? ¡Mírate!

JACOBO. Ramos me va a curar, no te preocupes. (*Mira el reloj*). Por cierto, ¿qué carajo hace? ¡Tenía que llegar a las siete y media!

CRISTINA. (*Le lleva el whisky*). No me lo puedo creer, Jacobo. ¿Piensas ir así a esa cena siniestra?

JACOBO. ¡No empecemos! Es una cena que me divierte; si te parece siniestra, ¡pues peor para ti! (*Ella le clava la mirada un instante y luego se aleja hacia el dormitorio*). ¡No vas a estar de morros porque me apetezca divertirme un poco! (*Bebe*).

CRISTINA. (*Se detiene*). Es algo más grave, Jacobo. Esa cena representa todo lo que no me gusta de ti.

JACOBO. ¡Ya está! ¡Otra vez se pone intensa! ¿Se puede saber qué he hecho yo para tener al mismo tiempo un tirón y una mujer intensa?

CRISTINA. (*Vuelve hacia él*). Cancellala y quédate conmigo esta noche, lo necesito... Ya sabes que no estoy muy fina últimamente.

JACOBO. ¡Precisamente por eso! ¡Cambia de opinión y ven conmigo, ya verás qué irresistible es esa cena!

CRISTINA. ¿Es irresistible invitar a un desgraciado para burlarse de él durante toda la noche?

JACOBO. ¡No es un desgraciado, es un estúpido! No hay nada malo en burlarse de los estúpidos; para eso están, ¿no?

CRISTINA. (*Con una expresión seria, al cabo de unos instantes*). Para mí es muy importante que pasemos la noche juntos, querido. Cancellala.

JACOBO. No puedo, ese tipo vendrá a recogerme a las ocho.

CRISTINA. (*Helada*). ¿Qué tipo?

JACOBO. Mi invitado.

CRISTINA. (*Incrédula*). ¿Vendrá aquí?

JACOBO. Le he dicho que venga a tomar una copa, sí.

CRISTINA. ¡No me digas! ¿Has invitado a ese tipo aquí?

JACOBO. Quería estudiarlo un poco antes de llevarlo a la cena. Ya lo verás, parece que es fabuloso.

(*Suena el interfono*).

CRISTINA. ¡Ni hablar, no veré nada de nada! Os dejo.
¡Buenas noches! (*Va a por su bolso, pero JACOBO la detiene*).

JACOBO. Pero si es Ramos.

(*CRISTINA se dirige a la puerta de entrada*).

CRISTINA. (*Por el interfono*). ¿Sí?

RAMOS. (*En off*). Soy Ramos.

CRISTINA. Quinto izquierda. (*CRISTINA pulsa el botón del interfono y vuelve a buscar su bolso*). ¡Diviértete!

JACOBO. ¿A dónde vas?

CRISTINA. Yo también tengo una cena. No me apetece mucho, pero da igual.

JACOBO. ¿Una cena con quién?

CRISTINA. No lo conoces.

JACOBO. No seas así, Cristina, solo te he preguntado con quién vas a cenar. Contéstame.

(*Llaman a la puerta*).

CRISTINA. No te interesaría... No es un estúpido. (*Va a abrir a RAMOS*). Adelante, doctor.

(*RAMOS entra. Ronda los cincuenta años, aspecto de vivales*).

RAMOS. Buenas noches, señora.

CRISTINA. Buenas noches, doctor.

JACOBO. (*Al querer volverse hacia RAMOS, se le despierta el dolor y profiere un quejido*). Buenas noches...

RAMOS. (*Acercándose a él*). Pues tiene usted buen aspecto. Dígame...

CRISTINA. (*A RAMOS*). Lo dejo en sus manos, doctor. Cúrelo pronto, porque esta noche tiene una cena importante.

JACOBO. (*Sintiendo que ella está a punto de estallar*). Cristina...

CRISTINA. Una cena de idiotas. Quizá no sepa cómo funciona: cada invitado lleva un idiota...

JACOBO. Cristina, te lo ruego...

CRISTINA. Los idiotas no saben por qué los han elegido, por supuesto, y el juego consiste en hacerlos hablar. Parece que es irresistible, pero a mí no me hace ni pizca de gracia, así que me marchó. Buenas noches, doctor.

(Sale de la escena. Breve silencio incómodo).

JACOBO. Lo siento, doctor, le había llamado por un tirón lumbar, no por una escena conyugal.

RAMOS. Cuando estudiaba, hacíamos cenas de feas. Había que invitar a la chica más fea y, al final de la cena, dábamos un premio.

JACOBO. (*Se relaja*). Ah, sí, yo también lo he hecho. Pero es más divertido con idiotas.

RAMOS. Aunque no me parece tan objetivo.

JACOBO. Al contrario, doctor, créame, hay idiotas completamente objetivos. (*RAMOS se echa a reír. JACOBO prosigue*). Estoy esperando a uno que está al caer; ya lo verá, es inconfundible.

RAMOS. (*Divertido*). ¿Es un amigo suyo?

JACOBO. No, tengo amigos muy idiotas, pero no hasta ese punto.

RAMOS. Túmbese...

JACOBO. Los que elegimos son campeones, es alta competición.

(*RAMOS ayuda a JACOBO a tumbarse en el sofá*).

RAMOS. Relájese... ¿Y dónde encuentran a esos campeones?

JACOBO. (*Mientras RAMOS le ausculta la columna vertebral*). Pues no es nada sencillo, nos damos un buen tute. Es una auténtica cacería humana.

RAMOS. ¿De verdad?

JACOBO. ¡Sí, sí! Tenemos rastreadores que nos señalan un idiota que merece la pena, examinamos el caso y, si es excepcional, lo invitamos. (*Da un respingo*). ¡Ay!

RAMOS. Es la segunda lumbar.

JACOBO. ¿Y es grave?

RAMOS. No, pero me temo que tendrá que anular la cena.

JACOBO. ¡De eso ni hablar!

RAMOS. (*Ayuda a JACOBO a sentarse*). No me gusta manipular en caliente, y menos tal y como está usted. Descanse bien esta noche y mañana por la mañana llame a mi consulta para concertar una cita.

JACOBO. Doctor, esta noche tengo un idiota de categoría mundial. Se lo suplico, haga algo, un calmante, una infiltración, me da igual, ¡pero haga algo!

RAMOS. (*Niega con la cabeza*). La bolsa de hielo y reposo. Créame, más vale ser prudente; si no, la cosa se puede alargar tres semanas.

JACOBO. ¡Qué mala suerte! (*Se da la vuelta para atender el teléfono y se queda clavado, haciendo muecas de dolor. RAMOS le alarga el aparato*). Gracias. (*Hojea la agenda colocada en la mesilla baja*). Debo cancelarlo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Hueso, Francisco Hueso.

RAMOS. ¿A qué se dedica?

JACOBO. Trabaja en Hacienda.

RAMOS. Caramba, pues eso es peligroso; imagínese que se enterase de por qué lo ha invitado.

JACOBO. (*Marca un número*). No hay ningún riesgo, somos muy precavidos. Ningún idiota ha sabido jamás por qué lo habíamos invitado. (*Calla para escuchar el mensaje*). Lo que me temía, ya ha salido... ¡Joder!

RAMOS. ¿Qué?

JACOBO. El mensaje de su contestador es muy idiota.

RAMOS. ¿De verdad?

JACOBO. ¡Es increíble! (*Vuelve a marcar el número de HUESO*). Ya lo verá: intenta ser gracioso, pero es patético.

(JACOBO conecta el altavoz. El pitido amplificado resuena en el salón y luego se oye la voz de FRANCISCO HUESO).

HUESO. (*En off, cantando a ritmo de pasodoble*).

Ha llamado a casa de Francisco Hueso,
pero ahora mismo no está.

Deje un mensaje al oír la señal
y él le llamará ¡y tal!

(Risas y, después, con una voz normal).

Ahora le toca hablar a usted.

(El pitido resuena. JACOBO cuelga el teléfono. A RAMOS se le escapa la risa y parece impresionado).

RAMOS. ¡Vaya!

JACOBO. Impresionante, ¿verdad?

RAMOS. Parece bastante excepcional, sí.

JACOBO. ¿Comprende ahora que esté abatido?

RAMOS. ¿Cómo lo conoció?

JACOBO. No lo conozco. Esta noche lo veré por primera vez. Me lo recomendó un compañero. Bueno, ¡un auténtico cazador de idiotas! Se fijó en Hueso en el Alvia entre Vitoria y Madrid y me llamó nada

más bajar del tren, deslumbrado. Durante todo el viaje, que dura casi cuatro horas, Hueso le habló de sus maquetas. Parece que no calló ni un segundo, fue una pesadilla.

RAMOS. Ah, ¿sí? ¿Hace maquetas?

JACOBO. Sí, modelos a esa escala reducida con cerillas. El Puente de Segovia, la Puerta de Alcalá. Se pasa días haciéndolos y, sobre todo, puede hablar de ello durante horas, y eso para la cena ¡es fantástico! Cuanto más apasionado sea el idiota, más probabilidades tiene de llevarse la palma, y esta noche, doctor, con Hueso y sus maquetas, no creo adelantarme demasiado si le digo que lo tengo en el bolsillo. *(Lo interrumpe el sonido del interfono)*. Aquí está.

(Intenta levantarse para ir a abrir, pero hace muecas de dolor. RAMOS lo detiene con un gesto).

RAMOS. Ya voy. *(Descuelga el teléfono del interfono)*. ¿Sí?

HUESO. *(En off)*. Soy Francisco Hueso.

RAMOS. Quinto izquierda. *(Pulsa el botón para abrir, cuelga el teléfono y regresa con JACOBO)*. Ya ha llegado. Los dejo.

JACOBO. ¿No quiere esperarlo? Así nos reímos un poco.

RAMOS. No, no, tengo que salir pitando, llego tardísimo. ¡Hasta mañana! *(Abre el maletín y saca un tubo de pastillas)*. Puede tomarse dos comprimidos esta noche si le duele mucho, pero vaya con cuidado,

que es muy fuerte. Y no dude en llamarme a mi casa si el dolor es excesivo.

JACOBO. Gracias, doctor.

(RAMOS se dirige hacia la puerta).

JACOBO. Deje la puerta abierta, por favor.

(RAMOS se vuelve hacia él).

RAMOS. ¿Puedo pedirle un favor yo también?

JACOBO. ¡Por supuesto!

RAMOS. Jamás me invite a cenar. Me quedaría siempre con la duda.

(JACOBO se echa a reír. RAMOS sale. Suena el teléfono, que habían dejado en la mesilla baja, y JACOBO contesta).

JACOBO. *(Al teléfono)*. ¿Diga?... No, no estoy mejor, estoy hecho polvo... Calla, que estoy hundido, tenía al vencedor esta noche... ¿Por qué te lo digo? Pues sí, qué rabia, pero, bueno, lo llevaré la semana próxima... Bueno, te dejo, que está a punto de llegar. ¡Anda, divertíos, pandilla de chacales! *(Llaman a la puerta. JACOBO deja el teléfono encima del sofá)*. Adelante, está abierto. *(Entra FRANCISCO HUESO, con un ademán intimidado y una cartera de mano)*

debajo del brazo. JACOBO lo recibe calurosamente).
Buenas noches, señor Hueso. Disculpe que no me levante, pero es que estoy completamente clavado, tengo un tirón lumbar.

HUESO. ¡No!

JACOBO. Sí, a duras penas puedo moverme. He intentado avisarlo, pero usted ya había salido de casa. Lo lamento, pero habrá que postergar la cena.

HUESO. Soy yo quien lo lamenta por usted; un tirón no tiene ni pizca de gracia.

JACOBO. Digamos que es molesto, pero no dramático.
¿Está usted libre el próximo martes?

HUESO. ¿El próximo martes? ¿Es el 24? Sí, estoy libre.

JACOBO. No, es el 23, creo.

HUESO. ¿El 23? De acuerdo, también estoy libre.

JACOBO. Espere, hoy es 18, así que es el 25.

HUESO. Ah, el 25... Vale, ningún problema.

JACOBO. Perfecto, iremos a casa del amigo que nos había invitado esta noche. Vuelve a hacer una cena y usted está invitado, por supuesto.

HUESO. Muy amable, la verdad.

JACOBO. No, le hemos fallado hoy y no vamos a fallarle la semana que viene. ¿Quiere tomar algo, señor Hueso?

HUESO. Mmm... Nada, se lo agradezco. Si no se encuentra bien, lo dejo...

JACOBO. No, no se preocupe. Cuando no me muevo, es soportable... Siéntese un momento y así char-

lamos un poco. (*HUESO se sienta frente a JACOBO, con la cartera encima de las rodillas. JACOBO lo mira como un gato a un ratoncito*). Acabo de escuchar su contestador automático, es muy divertido.

HUESO. (*Sonríe, halagado*). Ah, sí... Intenté hacer un mensaje un poco original...

JACOBO. Muy, muy conseguido. Todavía me da la risa.

HUESO. Todo el mundo me habla de él. Incluso tengo amigos que me han pedido que les haga su mensaje.

JACOBO. No me extraña nada.

(*JACOBO y HUESO cantan en coro el mensaje de HUESO*).

HUESO. (*Riéndose*). ¡Y tal! Si tiene contestador, puedo...

JACOBO. (*Rápidamente*). No, no, no hace falta.

HUESO. Porque lo haría en un minuto, ¿eh?

JACOBO. No, así está bien... Quizás un poco clásico para usted, pero... (*Cambiando de tema*). Estoy realmente encantado de conocerlo, señor Hueso.

HUESO. Yo también, señor Agudo... No me lo puedo creer... Cuando el señor al que conocí en el tren me dijo que un gran editor como usted podía estar interesado en mis pequeños trabajos...

JACOBO. Vamos, no sea modesto, señor Hueso. Según mi amigo, usted es alguien realmente excepcional en su género.